

tableciendo el nivel normal. Este regulador gigantesco estaba situado en el territorio que hoy se llama Fayun de *Ph'ium* (la mar); en su centro, Amenemhat y su mujer se habían erigido dos estatuas, sobre altísimos obeliscos colocadas y en sus orillas se levantó la ciudad de Cocodrilópolis. Herodoto atribuí la construcción del lago al rey Moeri; equivocación que provino del nombre de aquella obra *Maris*, que, en egipcio quería decir *lago*.

Amenemhat III no se contentó con esa obra magna; á orillas del Moeris edificó un palacio, cuya fachada, por su extraordinaria blancura, parecía de mármol, y que se componía de un número inmenso de habitaciones ligadas por pasadizos, tan hábilmente dispuestos, que una vez dentro de ella era imposible hallar la salida. Este edificio estaba destinado á guadrar, al abrigo de los insectos, en la oscuridad de sus salas, los objetos que servían para el culto. Convertido en templo á la muerte del faraón, tomó el nombre de *templo situado á la entrada del lago, Lope-ro-hount* de donde hicieron los griegos *Laberinto*. El nombre de Amenemhat estaba completamente olvidado cuando los griegos pudieron admirar sus obras y Herodoto atribuyó la construcción del Laberinto á Psammetik y á sus once rivales. Las investigaciones modernas han revelado el verdadero nombre del autor.

La vida del pueblo egipcio en aquellos tiempos, nos es perfectamente sabida; conocemos, por la autobiografía de un nomarca descendiente del Numhotep, en cuya tumba se halla el bajorelieve de los inmigrantes, el grado de prosperidad á que habían llegado los *nomos*, y que su gobierno era hereditario con el consentimiento del rey. Las memorias de Sineh, ya citadas, nos hablan del amor del pueblo por sus faraones y las planchas de la obra de Lepsius, (Dank. II.—CXX—CXXX) nos revelan hasta qué punto eran conocidas las artes y cómo se prac-

ticaban; labores de tierra, vendimias, fabricación del vino, escultura, vidriería, alfarería, carpintería, zapatería, tejeduría, &c., &c. todas eran industrias que habían llegado á un notable grado de adelanto. La escultura de esta época es la que más se acerca á la de la IV^a dinastía, cuyas obras no han podido ser jamás igualadas. La literatura era la profesión por excelencia, pues que de la clase de los letrados (escribas) salían los generales, los ministros, los sacerdotes, los ingenieros, los gobernadores, &c. A este tiempo pertenece el bellísimo himno al Nilo, que conocemos ya por uno de sus fragmentos. (pág. 121)

XIII^a *Dinastía*.—Trece años después de la muerte de Amenemhat III, subió al trono el tebano Sevekhotepe, primer fundador de la décimatercera dinastía. Los nombres de los reyes que la compusieron en que están repetidos los de Sevekhotepe y Nowerhotepe, se encuentran mezclados con otros extraños, como el de Rasmenkho-Mermeschu, encontrado en las ruinas de una ciudad del Delta por Mariette. Mermeschu quiere decir *general* en egipcio, y este título parece indicar el reinado de algún soldado de fortuna; durante esta dinastía se dió varias veces el caso de que la sucesión al trono se normase por los derechos de las mujeres, como sucedió con Nowerhotepe II, que era hijo de un simple sacerdote y de una princesa real. Por lo demás, el Egipto gozó de prosperidad; continuaron los trabajos hidrográficos y el arte, si bien en decadencia ya, ha dejado algunos bellos recuerdos de aquel tiempo, como la estatua de Sewekhotepe III que posee el museo de Louvre.

Las ciudades del Delta van creciendo en importancia cada día; la unidad de carácter de los monumentos en todo el valle del Nilo, y que datan de esta dinastía, indica que el Egipto vivía bajo un solo gobierno, y no estaba dividido en dos países independientes, como quiere Brugesh, ni dominado por los

hiksos, como Lepsius pretende. Según se dice, esta dinastía duró 453 años y contó setenta y cinco reyes.

XIV^a *Dinastía*.—Con esta dinastía, que duró 484 años y contó setenta y cinco reyes, la preponderancia de Tbas sufre una interrupción. Xoís, situada en el centro mismo del Delta, fué la cuna de esta dinastía; los nombres de los reyes que la compusieron, yacen mutilados en el papiro de Turin y todo indica que fué ésta una época de revoluciones intestinas que produjeron la ruina del Egipto.

LOS HIKSOS

XV^a, XVI^a Y XVII^a DINASTÍAS

El Asia.—*Los hiksos*.—En el tiempo á que remontan las primeras noticias históricas, relativas á las poblaciones que habitaban el continente asiático, desde los macizos montañosos del centro hasta las orillas de los mares que hoy son el Caspio, el mar Negro, el Mediterráneo, el mar Rojo, el Golfo Pérsico y el mar de Arabia, una gran parte de la vida del Egipto había transcurrido ya, y los faraones veían de lejos aquellas multitudes, procurando establecer sólidas fortalezas, para preservarse de las incursiones y para conservar la colonia minera del Sinaí.

De estas poblaciones, algunas eran indígenas, varias eran grupos de tribus sin nombre conocido; otras, se distinguían entre sí, por cierto fondo común de tradiciones. Estas tradiciones, analizadas por la crítica moderna, colocaban la cuna del género humano en una altiplanicie, de cuyos estribos bajaban cuatro grandes ríos. Ese era el Eden.

La llanura de Pamir, situada allí, donde los montes Boltor se unen al Himalaya, y de cuyos muros montañosos se desprenden el Indus, el Helمند, el Amour-Daria y el Sir-Daria (Oxus y Yaxartes), es el sitio hácia donde parecen converger las tradiciones asiáticas. El país es hoy pobre y sólo se ven

algunos oasis, aquí y allí sembrados, que lo hacen propio para las tribus nómades: Arrojados los primeros hombres de aquella región según la leyenda, descendieron de sus montañas y se establecieron al pié de ellas. Varios patriarcas los gobernaron; mas sus crímenes, atrayendo sobre ellos el castigo de Dios, hicieron perecer toda la raza en un espantoso diluvio y sólo una familia escogida se libró de la muerte, para perpetuar la especie y repoblar la tierra.

Las tribus que se salvaron del diluvio asiático, cuyo recuerdo conservaron todas, emigraron, llevando consigo la idea del paraíso á sus nuevas patrias; unos lo colocaron en el monte Ararat y cambiaron sus cuatro ríos en dos: el Tigris y el Eufrates; otros, en las orillas del Caspio, en la Frigia, &c.

Según antiquísimas tradiciones estas regiones del Asia, han estado primitivamente pobladas, durante 1500 años, por tribus *scytas* (los primeros hombres). Probablemente estas tribus pertenecían á las razas ural-altáicas. Una parte de esta fracción de la especie humana colocó su cuna en uno de los valles de la Asia, cuyas pendientes eran riquísimas en fierro; un incendio fundió el fierro é hizo caer la barrera que separaba á los turanitas del continente. Entonces una parte tomó el camino del occidente y se deramó por toda la Europa: según una opinión bien poco fundada, de esta primera emigración, son un resto los vascongados. Otros, declinando un poco al Sur, poblaron algunas comarcas del Asia Menor, y la mayor parte de ellas ocupó la mesa del Dekhan en la parte meridional del país que luego se llamó la India; otras se fijaron en las orillas del Tigris y del Eufrates. Estos dos ríos bajan de los montes de Armenia, y después de correr

1 Los pueblos primitivos, según una observación de Spencer, dirigieron sus primeras migraciones de los países secos y áridos á los países húmedos. Así las llanuras desoladas del Asia Central fueron un foco de pueblos que se encaminaron en todas direcciones á las comarcas fluviales ó fértiles (Sociología.—V. I.)

en varias direcciones, se acercan en su curso medio, hasta reunirse en el Schatt-el-Arab, que desemboca en el Golfo Pérsico; el avance constante que el terreno aluvial del Delta de este río, verifica sobre el Golfo Pérsico, (una milla cada setenta años, y cada treinta en los tiempos remotos), hace muy probable la hipótesis de que, cuando llegaron ahí los primeros colonos, el Golfo Pérsico estaba todavía cuarenta ó cuarenta y cinco leguas tierra adentro, partiendo de su límite actual, en cuyo caso los dos ríos desembocaban directamente en él. El terreno debió ser en aquellos tiempos en extremo pantanoso y malsano. Para convertirlo en uno de los más fértiles del mundo, se necesitaban obras inmensas de canalización. Tal fué el trabajo de los primeros colonos.

Además de las razas altaicas, otras interesantes fracciones de la familia humana, poblaron el territorio occidental del Asia. Los kushitas, hijos de Kush, el primero de los hijos de Cham, según la Biblia, se extendieron desde el Ganges hasta el litoral del Mediterráneo. Se confundieron con los llamados turanitas, en las orillas del Eufrates; bajaron á las playas del Golfo Pérsico, en cuyas islas, vecinas de la costa, fundaron sus primeros santuarios (Tsur y Arados), y organizaron sus primeros colegios sacerdotales. Una de sus ramas pobló las costas del Golfo Elamítico, atravesó el Desierto y, sea por el Delta del Nilo ó por la Siria, llegó al Mediterráneo y puso en estas costas, los cimientos de la Fenicia; otra rama atravesó el estrecho de Bab-el-Mandeb y colonizó la Ethiopia, en donde fundó la ciudad de Kush, llamada por los egipcios *Kush*, la vil.

Los semitas, hermanos menores de los camitas, bajaron también de los valles tras-

1 Todavía hoy, como en tiempo de Herodoto, los cereales producen doscientos y hasta trescientos por uno. Del palmero se saca vino, miel, vinagre, pan, tejidos, &c. Abunda la pesca y son excelentes los ganados.

ociánicos, y sus más remotas tradiciones nos enseñan viviendo en los montes de Armenia. De ahí pasaron á la Mesopotamia, y unos se confundieron con los kushitas, cuyo idioma hablaban, y otros se dirigieron á la Siria—al país de Canaan—y entre éstos Abraham, el padre del pueblo hebreo.

Cuando las tribus kushitas que poblaban la Arabia, los pæni ó puui (de donde *púnicos*, fenicios) emprendieran su gran migración á consecuencia de frecuentes temblores de tierra, dicen unos, forzados por una invasión turanita, dicen otros, arrastraron á todas las tribus nómadas que á su paso encontraron: éstas, según algunas tradiciones, tomaron primero el camino del Eufrates, de ahí vinieron al Jordán, arrollaron á los pueblos que quisieron oponerseles, desembocaron por el istmo de Suez é inundaron como un alud inmenso el valle del Nilo.

Sorprendido el Egipto por la invasión en medio de sus contiendas civiles, no pudo oponerles una formal resistencia.

La XIVª dinastía acababa de extinguirse en Xoís. "Dios sopló contra nosotros, dice Manethon, un viento desfavorable, y gentes de raza innoble, viniendo del Oriente, cayeron de improviso sobre el país y lo subyugaron sin combate." Ciudades y templos, todo fué saqueado, arruinado, incendiado; una parte de la población masculina fué asesinada, el resto reducido á la esclavitud.

Los bárbaros, después de la toma de Menfis, eligieron por rey á Shilat, uno de sus jefes. Éste escogió á Menfis por capital, y comenzó á organizar su gobierno.

XVª Dinastía.—Los príncipes egipcios se habían refugiado en Tebas y fundado ahí la XVª dinastía. Shilat, antes de entrar en lucha con ellos, quiso tomar precauciones contra las invasiones cananeas. Entre las poblaciones asiáticas que desde la época de la XIIª dinastía se habían fundado en el Delta, levantó un gran campo atrinchado, Ha-Ouar (Avaris). Allí, cada año,

asistía á los ejercicios militares, habiendo podido aglomerar hasta 250,000 hombres que á un tiempo le defendían contra las incursiones que podían venir del rumbo de Suez, y le proporcionaban una base admirable para acabar la conquista del Egipto. Después de cerca de dos siglos que duró la lucha con la dinastía tebana, el rey pastor Assés logró por fin fundar su dominio en todo el Egipto.

Los egipcios daban á los beduinos de la Siria y de la Arabia el nombre de *Shous*, ladrones, y aplicando este nombre á sus invasores cananeos, llamaron á los reyes pastores *Hik-Shous*, de donde ha venido la palabra *hiksos*.

XVIª Dinastía.—Sólo un nombre nos es conocido de los que llevaron los faraones hiksos de esta gran dinastía, el de *Apapi-Ra aa genen*. En su época, los invasores, á pesar del odio irreconciliable que les profesaban los egipcios, que les llamaron *malditos, la peste, leprosos*, odio que veinte siglos después sobrevive en las obras del escriba Manethon, se fueron amoldando á las costumbres de sus víctimas. La corte de Apapi se rodeó de un séquito inmenso como en tiempo de los Faraones; los egipcios fueron llamados á los puestos secundarios, el protocolo real de Kheops fué adaptado á los nombres de los nuevos reyes, y los egipcios se vieron obligados á considerar esta dinastía como su décima sexta dinastía nacional. El dios de los cananeos Sutek se confundió con el Set egipcio, y Tanis, cuyos templos fueron abiertos con gran pompa, se convirtió en la capital del imperio *hiksos*. Los monumentos nos han conservado la ruda fisonomía de los invasores; eran de ojos pequeños, de pómulos salientes y de color oscuro; la gran melena que corona sus cabezas les dá un aire singular, (Mariette).

Obligados á robustecer su imperio sobre una población hostil, los faraones *hiksos* acogían con agrado á las tribus de su raza que en son de paz se dirigían al Egipto, y

frecuentemente las primeras dignidades de palacio fueron conferidas á señores asiáticos.

Los hebreos.—Así como los descubrimientos de la arqueología moderna en el Asia han dado un valor de primer orden, desde el punto de vista científico, á las tablas etnográficas de la Biblia, así, igualmente, muchos de los datos históricos del *Pentateuco*, que se atribuyen á Moisés, han sido confirmados plenamente, aunque por lo general, de un modo indirecto por la asiriología y la egiptología. Estos importantes resultados han puesto en primer término, el valor de la Biblia como documento histórico, sea cual fuere el origen de las noticias en ella consignadas. Lo singular es que muchos de los puntos atacados por la crítica empírica del siglo pasado con mayor encarnizamiento, son precisamente los mejor comprobados hoy.

Los hebreos pertenecen á la familia te-raquita, que es una rama de los semitas. Esto se ha demostrado fácilmente por la comunidad de origen de los idiomas caldeo, arameo, cananeo, árabe, hebreo, etc. Lo comprueban las tradiciones también. El pueblo hebreo, tenía una cosmogonía semejante á la de los caldeos y asirios, cuyos documentos cosmogónicos son mucho más añejos que el Génesis; los nombres de Adam, Eva, Cain, Abel, Cam, Kush, han podido ser explicados por los asiriólogos. El *Eden* ó paraíso terrestre, es, según el ilustre H. Rawlinson, el nombre caldeo de la comarca de Babilonia, Gan-Eden, y los cuatro ríos son los dos brazos del Eufrates y los dos del Tigris; diversas escenas del drama de la primera caída, el nombre de los *Kirubi* ó querubines, (los toros alados del palacio de Nínive), la narración hebrea del diluvio, común á los pueblos asiáticos, ménos al egipcio, que es idéntica hasta en sus detalles á los fragmentos de Beroso, y á otra, mucho más antigua que el Génesis, encontrada y descifrada por G. Smith en una tableta cuneiforme.

que él llama de Izdubar; la memoria de la torre de Babel, (tradiccion localizada en la Caldea), torre cuyas ruinas existen segun los asiriólogos en Borsippa al O. de Babilonia, todos estos recuerdos, que apenas podemos apuntar aquí de paso, prueban que hebreos, asirios y caldeos, son ramas de un mismo árbol.

La religion de estos pueblos viene tambien de la misma fuente. Cierito es que la religion de los hebreos, segun los documentos bíblicos, se nos revela desde el principio con notables indicios de mono-teísmo, mientras que la de los caldeos, es un politeísmo, panteístico en el fondo, como todos los politeísmos; pero evidentemente, el libro de Josué lo afirma, los primeros hebreos fueron tambien politeístas, y el nombre por excelencia de la divinidad, El ó Ila, existe en todas las religiones semíticas; El-Kanna, El-Schaddai, es el nombre del dios de los hebreos en Egipto y así se llama tambien en Babilonia (*Bab-ili*, la puerta de El, es el nombre etimológico de Babilonia), es el dios que adora Melquisedec, un cananeo; los fenicios adoran á Él lo mismo que los hebreos y Allah, es el *El* de los árabes (1).

Abram ó Abraham como luego se llamó (padre de las multitudes), habitaba la ciudad de Ur-Kasdim, en la Caldea, cuyas ruinas han sido encontradas segun la opinion de Rawlinson y de Oppert en la poblacion actual de Mugheir. Emigró el patriarca con toda su tribu, en virtud de una orden de Dios, segun el Génesis, y subió con su inmensa caravana rio arriba, hacia Haran, en la Mesopotamia; vadeó el Éufrates en Zeugma (Vigouroux), visitó á Damasco y penetró en la tierra de Canaan; allí se separó de Loth y siguiendo la corriente semítica que se dirigía constantemente hacia el Egipto desde los tiempos

(1). Consultense sobre este punto los trabajos de Schrader, de Menant, de Oppert, de Lenormant, de Reuss, de Rawlinson, de Smith, de Layard, de Renan, de los abates Vigouroux y Ledrain, de J. Soury, de Reville, de Naville, etc.

de la XII.ª dinastía, como el bajo-relieve de la tumba de Num-hotep nos lo ha revelado (pág. 29), se dirigió hacia el Egipto y de allí volvió al Asia trayendo la costumbre de la circuncision. Posteriormente á su vuelta de Egipto atacó por salvar á su sobrino Loth, al rey de Elam y de Babilonia Kudur-Lagamer (Codorlahomor) y lo venció en una sorpresa nocturna. Su cuerpo reposa, segun dicen los árabes, con el de Jacob, en el sepulcro misterioso de Makpelah, en donde ningún cristiano, ni los hijos de los reyes europeos, en los tiempos modernos, ha podido penetrar jamas.

El viznieto de Abraham, José, hijo de Jacob, vendido por sus hermanos, dice el Génesis, fué llevado á Egipto, en donde sirvió como esclavo á un gran funcionario, eunuco, llamado Petefra (Putifar). Después de una serie de aventuras y á consecuencia de haber adivinado los sueños del Faraon reinante, ascendió á los más altos puestos y llamó á su padre y á toda su familia para establecerlos en Egipto. Las influencias semíticas que dominaban en la corte de los Faraones *hiksos*, quitan toda inverosimilitud á la historia de la privanza de José. Aunque segun algunos críticos modernos, esta historia fué compuesta por un efraimita despues del cisma de las tribus, es evidente que conserva un pronunciado sabor egipcio, y que los resultados de los trabajos egipológicos, están de acuerdo con casi todas las noticias que ministra la deliciosa narracion de la Biblia. Las relajadas costumbres de los egipcios, de las mujeres, sobre todo, que siempre gozaron en el valle del Nilo de gran libertad, al contrario de lo que en el resto del Oriente sucedía, su amor por el lujo y por la ostentacion están fielmente retratados en la historia de José. Más aún, en los tiempos modernos se han desenterrado varios cuentos del antiguo Egipto, entre ellos el de los dos hermanos Anepu y Batau (papius Orbiney), que data del siglo XV.º antes de J. C., durante el reinado del he-

retero de Sesostris, y que tiene muchos puntos de similitud con la vida del padre de Efraim. (v. Ebers, Maspero, Soury).

La dominacion de los *hiksos* estaba concentrada hacia el Norte y el centro hasta el Fayun; el resto del país, gobernado por tiranos provinciales, les pagaba un tributo. Tébas, donde nunca pudo ser ahogada la idea de emancipacion, ejercía una especie de hegemonía sobre todos los príncipes del Sur. Uno de estos príncipes, Taaa I, aprovechándose de la impresion que habia producido en todo el Egipto la guerra que el rey Apapi habia hecho á los dioses nacionales, prefiriéndoles abiertamente á su dios Sutek, levantó en Tébas la bandera de la independencía. Después de algunas tentativas de arreglo, Taaa I seguido de todos los príncipes del Sur, arrojó á los *hiksos* del Egipto medio, les hizo retroceder hasta Ménfis, y tomando el título de rey fundó la XVII.ª dinastía tebana.

XVII.ª Dinastía.—Uno de los sucesores de Taaa I, (Manethon lo llama Alisphragmuthosis), se apoderó de Ménfis y continuó la lucha. Los *hiksos* se reconcentraron en su campo fortificado de *Ha-uar*, que en vano quisieron tomar Rasqenen III y Kamés, hasta que Ahmes I, en el 5.º año de su reinado, se apoderó de él, dando fin á la dominacion de los *hiksos* en el Egipto, dominacion que habia durado más de cinco siglos. Los restos del ejército fueron perseguidos hasta los confines de la Siria, y allí de nuevo destrozados cerca de Sharuhen. Así concluyó la dominacion de los *hiksos* en el Egipto, bastante mal conocida por el empeño que tuvieron los Faraones indígenas que les sucedieron en destruir todo vestigio de la época de la invasion. Algunos autores dignos de crédito ponen los comienzos de esta invasion hacia 2400, y su término hacia 1700, ántes de J. C. Segun algunos orientistas los *hetenses*, hijos del Heth, de que habla el Génesis, nietos de Cam, á quienes los egipcios lla-

maron los *kheta* y que son idénticos á los *hiksos*, á consecuencia del establecimiento de los *iranitas* al S. del mar Caspio, emigraron de la Siria y de las playas del pérsico y no sólo invadieron, como hemos visto, el Egipto, sino tambien el Asia menor y la Europa.

Ahmes se ocupó en organizar el Egipto que la guerra de independencía, que duró más de un siglo, habia destruido. Los príncipes sus aliados, fueron nombrados gobernadores de los nomos, para tener satisfechos á sus otros aliados los etiopes, Ahmes se casó con la negra Nowertari, á quien hizo regente, y despues de su muerte, diosa, lo cual no le impidió someter, cuando lo creyó oportuno la Etiopía. Una gran parte de la poblacion *hiksos*, entre ella las tribus israelitas, prefirió la esclavitud á salir del Egipto y empezó entónces Ahmes á emplear aquellas legiones de esclavos en levantar templos y reconstruir ciudades. Tuvo así comienzo la *servidumbre de Egipto* que los hijos de Israel recordaban siempre con profundo terror. Una fortificacion egipcia (Tsen) fué construida en prevision de una invasion nueva, y Tanis, la capital de los *hiksos*, fué abandonada, como una ciudad maldita.

Ahmes I fué elevado á su muerte al rango de dios. Su hijo, Amenhotep I (Amenofis), continuó su obra y llevó sus armas victoriosas hasta más allá de Napata en el Sur. Desde entónces, el gran imperio que se extendía de las llanuras etiópicas de Sennaar hasta el Delta, pareció poseído de un vigor exhuberante, y aquella fuerza de expansion produjo las dinastías conquistadoras. Gracias á ellas los pueblos del Oriente se ponen en contacto, y la historia del mundo, dice Maspero, comienza. Ahmes I habia fundado la XVIII.ª dinastía.

XVIII.ª, XIX.ª y XX.ª Dinastía.—Con la expulsion de los *hiksos* se abre un gran período de la historia de los egipcios. En pos de los vencidos penetran en las regiones comprendidas entre el Mediterráneo

y los desiertos que separan el Jordán del Éufrates. En las comarcas bañadas por este último río y el Tigris florecen ya los imperios asirios, caldeos y elamitas de origen común. Más acá de los vados del Éufrates en la admirable región regada por el Orontes y el Natsana, en la cuenca del Jordán, en las orillas del Mediterráneo desde en frente de Chipré hasta el istmo de Suez, vivían los arameos, los teraquitas, los cananeos cuya fracción principal eran los fenicios.

De las antiguas tribus que conoció el aventurero Sineh apenas quedaban vestigios: los *Rephaim* (que quiere decir gigantes), los *Zamzomin* (es decir, de voz zumbadora y confusa), etc. La Siria, en donde tantas migraciones habían dejado su sedimento, estaba repartida entre las tres ramas de la misma familia, que acabamos de mencionar, y que hablaban tres dialectos de la misma lengua: los arameos, los teraquitas y los cananeos (siglo XVII antes de J. C.).

Los arameos.—El Asia Menor, la Mesopotamia y la Siria (falda oriental del Anti-Líbano), fueron el principal asiento de la familia de Arám, de la que provienen dos reinos principales: Arám del N. entre el Éufrates y el Amanós, y Arám Damések, cuya capital fué Damasco. Las ciudades notables de Arám del N. eran, en el vado meridional del Éufrates, Thapsaca; en el vado central, la famosa Karkemish; en el setentrional, Samosata. Las caravanas que iban del Egipto á la Caldea y al Golfo pérsico y vice-versa, huyendo del desierto que se extiende entre el Jordán y el Éufrates, preferían el camino del Arám del N., y de todos los vados del río, el central; así es que Karkemish llegó por su comercio á un alto grado de prosperidad. Los griegos, que alguna vez la confundieron con Nínive, atribuían su fundación á Semíramis, á Deucalion, á Dionysos (Baco), etc; los cristianos dijeron despues que había sido edificada en tiempo del profeta

Elijah (Elías), por dos magos: el tracio Orfeo y el persa Zoroastro. En Karkemish se rendía culto á la gran diosa Astarte.

Algunos reñecillos insignificantes, entre los cuales, el más renombrado era Khalep (Alepo), comunicaban el Arám del N. con el del S. Fuera del paso de las caravanas, por entónces, y al abrigo de las invasiones, Damasco ocupaba, como hasta hoy, un sitio encantador, un verdadero oasis al pié del Anti-Líbano. "Desde la más remota antigüedad hasta nuestro días, toda esta zona que rodea á Damasco de frescura y de bienestar, no ha tenido más que un nombre, no ha inspirado más que un sueño: el del Paraíso de Dios." (RENAN.

Los apóstoles).

Los teraquitas.—La principal de estas tribus, la de los hebreos, arrastrada en la gran corriente cananea, permaneció en Egipto; las demás tenían su principal asiento en el valle del Jordán, en derredor del Mar Muerto y en el desierto hasta las orillas del Mar Rojo. Las más setentrionales eran las de los Ammonitas; venían luego los Moabitas, los Amalecitas y otras que los egipcios designaban con el nombre genérico de *S'hous*, los bandidos. Todas ellas vivían en permanente estado de guerra.

Los cananeos y fenicios.—Los grupos de la invasión *kushita*, que venían de la Arabia y del Pérsico, tomaron en la Siria el nombre de cananeos. Algunos de esos grupos se extendieron en el interior de las tierras, desde las pendientes del Amanós, hasta las orillas del Mar Muerto por los valles del Natsana y del Jordán. Otros ocuparon el litoral del Mediterráneo, al S. del Carmelo. Los más notables de entre ellos, son los Hittitas del Norte conocidos por los egipcios con el nombre de *Khetas*, y los del S. que poco á poco se habían concentrado en los alrededores de Hebrón. Vienen en seguida, en orden de importancia, los Amorreos; los del N. tenían por capital á Edrei y confinaban con el Arám da-

maseno; los del S. tenían por capital á Khesbon. Una de estas tribus poseía en la cuenca del Orontes á la célebre Kadesh; otra, la de los Jebusitas, se había agrupado en derredor del monte Moriah, en el valle del Jordán, precisamente en el sitio que ocupó luego Jerusalem. Las tribus restantes eran las de los hivitas y girsasianos; lo mismo que los teraquitas vivían en guerra continua.

La otra gran rama de la familia cananea ocupó el litoral del Mediterráneo, entre el Carmelo y la desembocadura del Orontes; comprimida entre las montañas y el mar, sacó del Mediterráneo la grandeza del país conocido con el nombre de Fenicia.

Muchas etimologías se han dado á este nombre: el pueblo rojo, el país de las palmas, etc. Nosotros creemos que el nombre de Phoenix viene de Phoun (Puni), nombre primitivo de los cananeos, que los fenicios derramaron por todas sus colonias (púnicas). Las principales de éstas, yendo del S. al N., eran Ake (San Juan de Acre), Tyro, Sarepta, Sidon, Berouth, Gebel (Biblos), Tripolis, Symira, Arvad (Arados).

(Seguimos á Mövers, con las rectificaciones hechas por la moderna crítica.—V. RENAN, *Mission en Phénicie*).

Formáronse al principio varios estados independientes entre sí. El que de ellos preponderó primero fué el de los gilitas. Gebel ó Gabon, que los griegos llamaron Biblos, se vanagloriaba de ser la ciudad más antigua del mundo. Estuvo á los comienzos edificada en el interior de la tierra firme; pero sus habitantes la abandonaron y contruyeron una nueva á orillas del mar. Beyruth (la ciudad de los pozos), Hamath, la gran ciudad real, capital de los Simyreos, partían con Gebel la dominación de la Fenicia, pero decayeron bien pronto. Entónces tocó el turno de dominación á Sidon. Bel, el Agenór de los griegos, la había construido en una posición admirable, según la leyenda.

Las rivales de Sidon eran Tiro al S. y

Arados al N. Era Arados un gran islote densamente poblado; entre la isla y la costa había, en medio del mar, una fuente de agua dulce; los buzos, en tiempo de guerra, sumergían en el mar una gran campana de plomo provista de un largo tubo de cuero; aplicada la campana al orificio de la fuente, el agua, en virtud de las leyes de la hidrostática, ascendía por el tubo y así se proveían de agua dulce los aradenses. La dominación de Arad se extendía por el interior de la tierra firme.

Al S. de la desembocadura del Natsana, florecieron los dominios de Tiro. Samemrums, en la antigua edad en que los dioses vivían entre los hombres, construyó con juncos y papiros una ciudad en la costa; frente á ella Isoos, el primer marino, levantó en algunos islotes las columnas sagradas, y así comenzó Tiro, definitivamente fundada por Melkhart, el Hércules fenicio, en 2750 antes de J. C., según los cálculos de los sacerdotes, transmitidos por Herodoto. Tiro llegó á un altísimo grado de opulencia, pero no tenía como Arados el precioso recurso de un manantial submarino de agua dulce. Su reino continental se extendía desde el Natsana al Carmelo.

XVIII.ª *Dinastía* (1).—Entre estos pueblos penetró Totmés I hasta el corazón de la Siria. Plantó sus estelas de victoria en la orilla del Éufrates, cerca de Karkemish probablemente, porque no nos queda ningún detalle de su expedición; él fué quien trazó el camino que despues habían de seguir sus sucesores. El ejército egipcio, para hacer la campaña en Siria, ocupaba desde luego á Rafia, la población más meridional; tomaba en seguida por el litoral, se apoderaba de Gaza y subía hasta los primeros contra-fuertes del Carmelo; una

(1) Gran parte de los hechos que vamos á consignar á pesar de estar evidentemente conformes con la realidad, no merecen un crédito absoluto, porque tomados como son de los monumentos egipcios, erigidos por orden de los Faraones, no nos han transmitido la historia exacta, sino la oficial, toda llena de elogios para los conquistadores, que eran, como es sabido, personajes divinos.